

das á que podía verse sometido, y apeló á todos sus recursos para afrontarla con entereza y resignación. A partir de entonces, miró como un deber ocupar su espíritu y fortalecer su dominio sobre sí, mediante un laborioso y continuo esfuerzo intelectual. Es menester—dice—que deseche estos pensamientos escribiendo; y con las fuerzas quebrantadas, volvió á sus trabajos, resuelto á no levantar mano hasta concluir otra sección de la *Historia*. En Octubre participa á Mr. Longman que trabaja con regularidad; y el 14 de Diciembre escribe: «Terminada al fin la legislatura de 1699 á 1700. Hay bastante en lo que he escrito que puede interesar á los lectores. De todos modos, esta es una buena ocupación para mí, y lo será mejor dentro de poco, cuando apenas me quede otra cosa. Cediendo á la misma resolución de apartar el curso de sus reflexiones del sombrío cauce que tendían á seguir, Macaulay, aun durante sus horas de ocio, empezó á leer sistemáticamente. Al segundo día de haber recibido el infausto anuncio de los planes de mi madre con respecto á la India, dió principio á la lectura de las *Anécdotas literarias* de Nichols—nueve tomos voluminosos de setecientas á ochocientas páginas de letra menuda.—Con una atención minuciosa que pocos hombres tienen la paciencia de conceder á libros que no piensan reeditar, examinó y escudriñó ese vasto repertorio de erudición del siglo XVIII, rectificando errores, supliendo omisiones, estigmatizando faltas de gusto y de gramática, y enriqueciendo todo espacio en blanco, que tentaba á su lápiz, con profusión de importantes y sabrosos comentarios. Marchando animosamente, á razón de tomo por semana, leyó y anotó la obra entre el 17 de Octubre y el 21 de Diciembre.

Durante este período de su vida, Macaulay lo pasa-

ba indudablemente menos mal cuando se encontraba solo en su biblioteca (1), porque, en compañía con los que estaba á punto de perder, el placer del instante no podía menos de verse nublado por tristes presentimientos. «Casi desearía—escribe—que lo que ha de ser sucediese inmediatamente. Temo los cuatro meses próximos más aún que los que han de seguir á la separación. Esta despedida prolongada, este lento paladeo de la hiel y el vinagre, es terrible.» Ciertamente el porvenir se le presentaba bien oscuro; pero Dios, que tanto le había bendecido, procedió benignamente con él hasta el fin, y no permitió que su carga fuese superior á sus fuerzas.

Viernes 16 de Diciembre.—Desde esta mañana habré de contar algunos de los días menos agradables de mi vida. Hubo que recurrir al medicamento, pero creo que me dejó muy mal parado. La helada era más intensa que nunca y paralizaba la circulación (2). Amén de la irregularidad del pulso, sufría todo lo que sufrí cuando en 1852 tuve que marcharme á Clifton. La depresión, la debilidad, el desfallecimiento del corazón, la incapacidad de hacer nada que exigiese un esfuerzo sostenido, me angustiaban sobremanera. Escribir, aunque sólo sea unas pocas palabras, me es violento. Sin embargo, leí alemán, latín é inglés y salvé el día pasablemente.»

17 de Diciembre.—Tiempo muy crudo. Rara vez ha

(1) El 16 de Octubre dice en su Diario: «He leído, y he visto, como siempre, que un libro interesante obraba como un calmante.»

(2) El mal estado habitual de la salud de Macaulay se había agravado á consecuencia de un paseo que dió, con un viento recio del Este, desde el Museo Británico al Athenæum.

hecho más frío en esta latitud. Mandé llamar á Martín, y le puse al corriente de mi estado (1). Dice que el corazón no padece lesión ninguna, pero que está débil.

19 de Diciembre.—Sigue el frío intenso. Apenas puedo manejar la navaja de afeitar por las palpitaciones del corazón. Parece como si hubiese envejecido veinte años desde el último jueves, como si estuviese muriendo de viejo. Estoy perfectamente preparado, y nunca lo estaré más. Otro mes, con días como los que he venido pasando últimamente, me haría anhelar con impaciencia mi estrecho chiribitil como niño agobiado por la labor en una fábrica.

Miércoles, 21 de Diciembre.—Todo ha cambiado. Cesó de helar y de nevar; llovió en abundancia; nubes del Suroeste atravesaron rápidamente el cielo. Apareció el sol, y estaba tan templado, que me atreví á salir al pórtico; pero no estaba bien, ni mucho menos. Mis dos doctores, Watson y Martín, celebraron consulta. Convinieron en declarar que mi dolencia procede exclusivamente del corazón. Si el corazón funcionase con energía, todos mis padecimientos se desvanecerían á la vez. Puede que tengan razón. Lo cierto es que me encuentro bastante mal, tan débil como un niño. Sin embargo, estoy menos nervioso que de costumbre. No he derramado lágrimas durante algunos días, á pesar de que mis lágrimas no piden más que correr, como dice el pobre Cowper. No advierto ninguna decadencia intelectual, ni la más mínima.

Viernes, 23 de Diciembre.—Esta mañana, apenas

(1) Sir Ranald Martín había sido médico de Macaulay en Calcuta.

había salido de mi dormitorio, cuando se desprendieron grandes fragmentos del cielo raso. Si estoy allí minutos más, me hubiese quedado aturdido, si no muerto. Me hallaba sentado á la chimenea, no esforzándome en escribir, sino haciendo cuentas de Navidad y leyendo. Una extraña declaración de Dickens: según él, Haroldo Skimpole no representa á Leigh Hunt. Confiesa, sin embargo, que copió las exterioridades del carácter de Leigh Hunt, y seguramente por esas exterioridades reconocerá siempre á una persona la gran masa de los hombres.

Además, es de advertir que los vicios de Haroldo Skimpole son vicios á que Leigh Hunt se hallaba, por lo menos, algo predispuesto, y que la generalidad de la gente le atribuía en gran escala. Que tenía flaca noción de lo mío y lo tuyo, que no poseía un sentimiento elevado de independencia, que no se creía obligado para con nadie, que sacaba dinero de donde podía, sin agradecerlo, que lo mismo difamaba á quien le socorría en un apuro que á quien le negaba su auxilio; todo eso, como Dickens debe saber, se decía de Leigh Hunt, con razón ó sin ella, y había hecho una profunda impresión en el espíritu público. Seguramente Leigh Hunt se había dicho: «Yo tengo ideas especiales sobre el dinero, que se reputarán muy distantes de las corrientes, sobre todo en un país comercial.

No siento ese horror de sentirme obligado, que se mira como un refinamiento esencial en cuestiones de dinero.» Ese es completamente Haroldo Skimpole. ¿Cómo, entonces, podía dudar D. de que se vería en H. S. un retrato de L. H.?

En este punto termina bruscamente el Diario de Macaulay. Dos días después escribía á Mr. Ellis: «Los médicos opinan que estoy mejor; pero yo noto poco

cambio. Antes de ayer tuve un desmayo, y me quedé completamente insensible. Hubiera deseado seguir así, porque, si la muerte no fuese más... Me rehice, sin embargo, y los médicos dicen que el hecho no tiene ninguna importancia.» Con todo, desde ese momento en adelante hubo en Macaulay una peoría acentuada.

«Pasé con él el día de Navidad—escribe mi madre.—Habló muy poco, y á cada paso se quedaba adormecido. Celebramos nuestra comida habitual de Navidad con él, y al otro día le creí mejor. Nunca, mientras viva, se mitigará mi pena de haberle dejado un solo momento después del día de Navidad. Pero yo no estaba alarmada. Creí que el accidente del techo le había causado una impresión de que iba reponiéndose paulatinamente; y, cuando nos hallábamos solos, cedía á tal emoción que, por mi parte, evitaba permanecer mucho tiempo con él, mientras estuviese tan débil.» Acaso sorprenda que los parientes de Macaulay no tuviesen ningún recelo de que se hallara en grave é inmediato peligro; pero la verdad es que su evidente aflicción (pues ya no tenía fuerzas para ocultarla en los últimos días de su vida) estaba tan presente á nuestro espíritu á todas horas, que no paramos mientes en su estado físico. Su silencio y abatimiento, debidos en realidad á causas físicas, nos parecían proceder casi enteramente de sufrimiento moral.

En una reseña de la última enfermedad de Macaulay, escrita aquellos días (1), se dice que en la mañana del miércoles, 28 de Diciembre, hizo un esfuerzo para dictar una carta, dirigida á un pobre eclesiástico, in-

(1) Esa reseña, que es muy breve, se conserva entre los papeles del marqués de Lansdowne. Macaulay escribe el 19 de Agosto de 1859: «Me afligen las noticias sobre mi querido amigo lord

cluyendo veinticinco libras. Después de firmar esa carta, no volvió á escribir su nombre. Ya avanzada la tarde del mismo día, fui yo á Holly Lodge, con ánimo de comer allí; pero renuncié á mi propósito en cuanto entré en la biblioteca. Mi tío estaba sentado, con la cabeza reclinada sobre el pecho, en una actitud lánguida de abstracción y de sopor. Tenía delante, sin mirarle, el primer número del *Cornhill Magazine*, abierto por la primera página de la novela de Thackeray *Lovel*. No habló una palabra más que para responder; y, de las cosas que yo dije, la única que puedo recordar en este momento le sugirió dolorosas reflexiones que dieron al traste con su entereza.

Mi madre, enterada por mí de su estado, decidió pasar la noche en Holly Lodge. Acababa de salir de la sala para hacer sus preparativos—sería esto, supongo, poco antes de las siete de la tarde—cuando vinieron á llamarla con urgencia. Al acercarse el coche en que marchábamos al pórtico de la casa de mi tío, las muchachas, en medio de la obscuridad, corrieron á nuestro encuentro llorando, y supimos que todo había concluido. Le encontramos en la biblioteca, sentado en su sillón, y vestido como de costumbre, con su libro sobre la mesa, abierto aún por la misma página. Había dicho á su servidor principal que se acostaría temprano, porque estaba muy rendido. El hombre le propuso que se recostase en el sofá. Se levantó como para ir, volvió á sentarse y dejó de respirar. Murió como siempre había deseado morir: sin pesadumbre, sin tener que despedirse, precediendo en la tumba á

Lansdowne. Le debo más que á ningún hombre, y nunca ha parecido darse cuenta de que le debiese nada. Espero intranquilo nuevas noticias.» Lord Lansdowne se restableció de esa enfermedad, y sobrevivió á Macaulay más de tres años.

cuantos amaba, y dejando tras sí un nombre grande y respetable y el recuerdo de una vida, cuyas acciones eran tan claras y transparentes como las frases de sus libros. No debo yo detenerme á pintar la dolorosa sorpresa con que fué recibida la noticia de su muerte dondequiera que se lee el idioma inglés, ni necesito insistir sobre el sentimiento perdurable de las personas á quienes prodigaba su cariño, y cuya vida iluminó con su genio y ennobleció con su alto y puro ejemplo.» Hemos perdido—así escribía mi madre—la luz de nuestro hogar, el amigo más entrañable, generoso y desinteresado. ¿Cómo puedo expresar lo que ha sido para mí durante cincuenta años? ¡Qué tesoro de amor derramaba sobre mí y los míos! El hueco, el vacío que ha dejado, llenando, como llenaba, tan completamente el corazón y la inteligencia, nadie puede comprenderlo. Porque, ¿quién conoció jamás vida como la mía íntimamente asociada á la de tal hombre!

Fué enterrado en la Abadía de Westminster el 9 de Enero de 1860. Llevaron los cordones del paño mortuorio el duque de Argyll, lord John Russell, lord Stanhope, lord Carlisle, el obispo Wilberforce, sir David Dundas, sir Enrique Holland, el deán Milman, sir Jorge Cornwall Lewis, el lord Canciller y el *Speaker* de la Cámara de los Comunes. «Una hermosa salida de sol—escribía lord Carlisle.—Los que llevábamos los cordones entramos en la «Cámara de Jerusalem». La última vez que yo había estado allí fué cuando el entierro de Canning. La ceremonia fué de lo más solemne y conmovedor. Todo como correspondía al hombre y á las circunstancias.

Yace al lado de sus pares, en el «Rincón de los poetas», junto al muro occidental del crucero del Sur. Allí, en medio de las tumbas de Johnson, de Garrick,

de Handel, de Goldsmith y de Gay, descuella la estatua de Addison; y á los pies de Addison se ve la piedra que lleva esta inscripción:

TOMÁS BABINGTON, LORD MACAULAY
 NACIDO EN ROTHLEY TEMPLE, CONDADO DE LEICESTER,
 EL 25 DE OCTUBRE DE 1800
 MUERTO EN HOLLY LODGE, CAMPDEN HILL,
 EL 28 DE DICIEMBRE DE 1859
 SU CUERPO YACE EN PAZ,
 PERO SU NOMBRE VIVE ETERNAMENTE

FIN